



II. Biología y cultura: del racismo al fundamentalismo cultural

La condición humana

La actual obsesión por la búsqueda de diferencias nos hace olvidar, a menudo, que entre los humanos es más lo que nos hace parecidos que lo que nos hace distintos. El color de la piel y la forma del cuerpo, la lengua y la cultura diferencian a los miles de millones de seres humanos desperdigados por el planeta. Esta variedad, que refleja nuestra capacidad para hacer frente a los cambios, para adaptarnos a distintos medios y desarrollar estilos de vida originales, es la mejor garantía para el futuro de nuestra especie. Pero los conocimientos que hemos adquirido sobre nosotros mismos muestran con claridad que toda esta diversidad es bien poca cosa comparada con el inmenso patrimonio que tenemos en común los seres humanos. Creemos que hay grandes diferencias entre europeos, africanos o asiáticos; pero no es así: nos distinguimos muy poco en nuestra constitución genética. Las diferencias entre ‘razas’ son bastante limitadas, y más cuantitativas que cualitativas. Vistas las cosas así, la confusión, las grandes tragedias y las crueldades a que ha dado lugar la diversidad racial en el mundo son, en palabras de Macbeth, “una historia contada por un idiota, llena de griterío y de furia, que no significa nada”.

Las diferencias entre las razas que impresionaban a nuestros antepasados, y siguen impresionando a mucha gente, son el color de la piel, los ojos y el cabello, la forma del cuerpo y de la cara, y todos los detalles que a menudo nos permiten adivinar el origen de una

Casi todas las diferencias entre los humanos se deben a los distintos climas que encontraron en su expansión por el mundo desde su región de origen, África

persona al primer vistazo. Esta clase de diferencias nos influyen mucho, porque saltan a la vista, y son claras e indiscutibles. ¿A qué se deben? Lo sabemos¹⁰: casi todas se deben a las diferencias climáticas que encontraron los hombres en su expansión por todo el mundo a partir de su región de origen, África. Mientras el hombre tuvo escasa influencia tecnológica sobre el clima, limitada a la construcción de casas muy sencillas o a la confección de vestidos de pieles de animales para protegerse del frío, fue necesaria una adaptación biológica, que provocó una cierta diferenciación genética. Por ejemplo, los blancos surgieron de los negros por selección natural, al absorber la piel blanca más radiaciones ultravioletas que la negra, ventaja natural decisiva en las regiones templadas –el color blanco de los europeos no se remonta a más allá de diez mil años–; las narices se fueron haciendo más anchas en los países tropicales y estrechas en los fríos por su proceso de selección natural que favorece la filtración del aire, etc. Estos caracteres responsables de la adaptación climática son típicos de la superficie del cuerpo y, en consecuencia, muy visibles.

La especie humana es la única especie viva que, desde su origen, no ha cesado de mezclarse porque no ha cesado de desplazarse

De hecho, si nos limitamos a los caracteres visibles, los únicos que se conocían en épocas pasadas, no es descabellado pensar en razas relativamente ‘puras’. Pero entonces no se sabía que para obtener esa ‘pureza’ genética –que de todos modos nunca sería completa en los animales superiores–, se tendrían que cruzar durante muchas generaciones –por lo menos veinte– parientes muy cercanos, como hermano y hermana, o padres e hijos. Pero ello con consecuencias muy negativas sobre la fecundidad y la salud de los descendientes. Así pues, la pureza de la raza es imposible y totalmente indeseable. En general, convendría buscar lo contrario: los animales de cualquier especie, incluido el hombre, tienen más posibilidades de poseer niveles elevados de caracteres importantes, como la resistencia a las enfermedades, la fecundidad, la inteligencia, etc., si son mezclas genéticas. Por eso se habla del *vigor de los híbridos*.

Puede decirse, por tanto, que el *homo sapiens* es por naturaleza migrador y mestizo. La especie humana tal vez es la única especie viva que, desde su origen, no ha cesado de mezclarse porque no ha cesado de desplazarse. Así que no existe raza verdadera en el hombre o, si se prefiere, existen millares de ellas porque no se sabe dónde empieza y dónde termina realmente una raza. Tampoco la *selección cultural* ha provocado diferencias tan apreciables como a veces se piensa: “una prueba adicional de la universalidad de muchas conductas humanas es el origen dual de las civilizaciones

10. Las ideas de este apartado siguen el libro de Luigi Luca Cavalli-Sforza, *Genes, pueblos y lenguas*, Crítica, Barcelona, 1997.

en el Viejo y el Nuevo Mundo, que evolucionaron en aislamiento mutuo pero son notablemente convergentes en general”¹¹.

En consecuencia, parece absolutamente necesario, en los tiempos que corren, reivindicar la necesidad de que la dignidad humana se sitúe por encima de cualquier diferencia, biológica o cultural; promover una *consciencia de especie* que nos permita darnos cuenta de la mayor importancia de lo que nos hace iguales que de lo que nos diferencia. Francisco Fernández Buey lo ha definido así: “Entiendo por conciencia de especie la configuración culturalmente elaborada de la pertenencia de todos y cada uno de los individuos humanos a la especie *sapiens sapiens*, y, por tanto, no sólo la respuesta natural reactiva de los miembros de la especie humana implicada en el hecho biológico de la evolución. En este sentido, se podría decir que la configuración de una conciencia de especie corresponde a la era nuclear –o mejor aún: de las armas de destrucción masiva– y a la época de la crisis ecológica global y de las grandes migraciones intercontinentales como la conciencia nacional correspondía a la época del colonialismo y la conciencia de clase a la época del capitalismo fabril”¹².

Finalmente, queremos destacar un aspecto de la condición humana que sale continuamente a colación cuando se trata de la convivencia entre las personas, sociedades o culturas: ¿es el hombre un lobo para el hombre? Los grupos humanos han encontrado muchas excusas para atacar al otro o a los otros. Se sostiene también que un enemigo exterior ha sido siempre una de las mejores maneras de mantener la cohesión interna de una sociedad. Los estudiosos de la cultura más pesimistas se preguntan si las sociedades humanas pueden existir sin enemigos. La ciencia no permite, en este caso, simplificaciones: “Toda sociedad humana presentará algunas tendencias competitivas y otras cooperativas. Eso no podemos cambiarlo, pero tal vez seamos capaces de cambiar las proporciones entre estos dos elementos. Si la competencia parece consustancial al hombre, también la facilidad para cooperar es algo en verdad universal entre los seres humanos”¹³.

El racismo

En la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX se construyó un racismo biologicista, presentado como científico, aunque el concepto de división de la especie humana en razas nunca tuvo nada de científico, ya que la elección de los caracteres biológicos por los que se clasificaban las razas se hacía de una forma tan arbitraria que hoy nos sorprende que tuviera eco en los departamentos

No existe verdadera raza en el hombre o, si se prefiere, existen millares de ellas porque no se sabe dónde empieza y donde termina una raza

11. Edward O. Wilson, *Consilience. La unidad del conocimiento*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 1999.

12. Francisco Fernández Buey, *Ética y filosofía política*, Bellaterra, Barcelona, 2000.

13. Peter Singer, *Una izquierda darwiniana*, Crítica, Barcelona, 2000.

La muerte de Fonseca y el éxito de la manifestación xenófoba han puesto fin a la inocencia: nosotros también somos racistas

universitarios europeos y, sobre todo, en los norteamericanos. En realidad, se trataba de la usual justificación a posteriori de un fenómeno económico y social “directamente ligado a la expansión colonial. Nos apoderamos de territorios que no nos pertenecían, legitimando el robo en nuestra ‘superioridad’ religiosa, cultural y, por fin, biológica”¹⁴. Ese racismo biologicista, encontró su máxima expresión en la Alemania nazi. De todos modos, el racismo, en un sentido más amplio, es más antiguo que estas ideologías, probablemente tanto como la humanidad.

En la Europa de principios del siglo XXI, el término racismo tiene una acepción amplia que engloba la xenofobia, el antisemitismo, el integrismo y manifestaciones del nacionalismo excluyente. Engloba el prejuicio, la discriminación, la segregación o la agresión que sufren las personas en función de su origen, aspecto físico, creencias o pautas culturales. Se puede argumentar que, planteado así, el término racismo es poco preciso pero, si partimos de que las razas no existen, no podemos definir el racismo como la acción que se realiza contra una raza, lo que sí sería un concepto preciso. Por tanto, al disociar por completo los conceptos de raza y racismo, lo que habremos de definir como racismo es la inferiorización de cualquier grupo social sobre el que la sociedad ha construido una imagen racial.

“Hasta fines de los años ochenta, la España democrática y modernizante parecía inmune al virus racista. El racismo y la xenofobia eran problemas ajenos y distantes. Pero en 1992 España perdió esa inocencia acogedora. El asesinato de Lucrecia Pérez, una mujer dominicana apenas llegada a Madrid, destruyó la ilusión de la buena convivencia con gentes llegadas de otras orillas. A partir de ese momento, y a medida que se sucedieron denuncias de casos de hostilidad y agresión contra inmigrantes no europeos, parece haberse ‘normalizado’ el racismo en nuestro país”¹⁵. Hasta llegar a El Ejido. En Lanzarote, también han comenzado a producirse preocupantes brotes de racismo. La muerte en la Comisaría de Arrecife de Antonio Fonseca, negro africano, y el éxito de una manifestación inequívocamente xenófoba han puesto fin a la inocencia: nosotros también somos racistas.

Lo sorprendente era esa confianza en que “los españoles no somos racistas, pero en este caso hay que preguntar siempre a los gitanos si lo somos o no”¹⁶. Y la contestación hubiera sido inequívocamente afirmativa. De la misma forma, la pregunta sobre si los lanzaroteños somos racistas o no, hay que hacérsela a los inmigrantes

14. Ignacio Sotelo, “El racismo, el mayor peligro del siglo XXI”, *El País*, 12 de noviembre de 2000.

15. Verena Stolcke, “Inmigración y economía. Cuando el racismo se convierte en la pantalla de la explotación”, en el *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, SOS Racismo, 2000.

16. Juan Goytisolo, “Racismo y conflicto político”, *Mientras tanto* n° 55, Barcelona, 1993.

magrebíes y negroafricanos que conviven con nosotros. Y la respuesta vuelve a ser afirmativa. Por otra parte, no puede resultar sorprendente en un país que presume de una fecha fundacional, 1492, que coincide con la expulsión de los judíos, recién salido de una dictadura donde la intolerancia y la intransigencia, que siempre han constituido una parte muy significativa de la historia española, alcanzaron niveles más que notables, y en el que hoy se busca, o se inventa, cualquier detalle que justifique nuestra diferencia con respecto a los vecinos.

Pues bien, en este país, como en la mayoría de los europeos, existe el racismo. Y en ocasiones bien alimentado desde las instituciones. Lo que podemos llamar *racismo institucional* está ya bastante bien definido. Nos referimos a la institucionalización de una situación de inferioridad de la población inmigrada a través de leyes, prácticas administrativas y comportamientos sociales. El Estado está jugando en ello un papel importante, en la medida en que es el responsable de regular los límites de los derechos de la población inmigrada. El Estado está definiendo quiénes son ‘de los nuestros’ –ciudadanos de pleno derecho– y quiénes no. Construye así una noción de identidad nacional que resulta excluyente para la población inmigrada, que sólo por nacionalización podrá escapar de la exclusión. Con tal actuación, la Administración Pública desarrolla una parte importante de lo que es el racismo contemporáneo y en ese sentido puede hablarse de racismo institucional.

No resultan ajenos al racismo institucional determinados comportamientos agresivos e intimidatorios de los Cuerpos de Policía ejercidos contra la población inmigrada. Sin duda, el papel que corresponde jugar a las fuerzas policiales y de seguridad dentro de un Estado democrático y de derecho se incumple cuando el trato hacia los inmigrantes no es el mismo que el que reciben los españoles: peticiones de identificación reiteradas sólo por el color de la piel a una misma persona, pasividad policial ante agresiones e insultos, en definitiva, abusos de poder y desprotección. Si bien es cierto que no todos los policías se comportan de la misma manera ante las personas inmigradas, no puede decirse, refiriéndonos a esas agresiones, que se trate de casos aislados, o que los inmigrantes las sufran de la misma manera que podría sufrirlas cualquier otro ciudadano. Su vulnerabilidad y desamparo es, ciertamente, mucho mayor.

El *racismo social* es más amplio en cuanto a formas de expresión y, generalmente, mucho más sutil. Consiste en el conjunto de actuaciones de los vecinos, los compañeros de trabajo, los encargados de

Las diferencias biológicas y genéticas han dado paso a la defensa de las diferencias culturales entre los grupos étnicos

atender en un comercio o servicio, los transeúntes, etc., que se traducen en discriminación, segregación o insulto, para quien es negro, gitano, musulmán, judío, extranjero, etc. Personas que no se reconocen como racistas, que, en muchos casos, ni siquiera apoyan estas actitudes, pero en quienes los prejuicios, la ignorancia, el miedo y el racismo institucional han calado hasta configurar una visión de sus vecinos como invasores de un espacio, responsables del mal común y beneficiarios de lo que consideran sólo suyo.

“Incidir en las dinámicas de exclusión social de una parte de la ciudadanía en el funcionamiento ordinario y cotidiano de nuestra sociedad es fundamental para evitar situaciones de fractura social. Hemos de definir medidas concretas en diferentes ámbitos para elaborar un modelo de sociedad que sepa aprovechar su diversidad, canalizar los conflictos y eliminar cualquier espacio de exclusión y segregación. Diseñar políticas globales a largo plazo que afronten situaciones de exclusión y de marginación en todos los ámbitos, empezando por reclamar una Ley de Extranjería que iguale en derechos a los ciudadanos, es la base de la convivencia. Cualquier expresión de racismo social es responsabilidad de toda la sociedad, y si no hacemos estos cambios se producirá una fractura social que irá creciendo de tal manera que tendremos una sociedad dividida, en la que difícilmente los valores de libertad, democracia e igualdad tendrán cabida. Debemos, a partir de hoy mismo, plantearnos qué modelo de sociedad queremos”¹⁷.

Sin embargo, hoy prácticamente nadie se considera racista abiertamente. El ideario racista encuentra una de sus variantes más en boga en un nuevo diferencialismo cultural exacerbado, en el que la etnia ocupa el lugar que antes ocupaba la raza. El reclamo de unas pretendidas diferencias biológicas y genéticas ha dado paso, en sus manifestaciones más extremas, a la defensa de las diferencias culturales entre los grupos étnicos con el fin de evitar que el posible mestizaje entre autóctonos y foráneos pueda ‘desnaturalizar’ o poner en peligro la identidad y la forma de vida de la sociedad receptora. Esta ideología diferencialista no hace más que remarcar las diferencias, haciendo aún más grande la brecha entre los autóctonos y los foráneos, y favoreciendo con ello las políticas de discriminación y de segregación.

El racismo diferencialista ensalza ‘nuestra cultura’, ‘nuestra identidad’, la reconstruye y la mitifica, la remonta al lejano pasado, la presenta como superior o absolutamente diferente a las demás, la utiliza como arma arrojada contra los miembros ajenos al grupo,

Es preciso evitar a toda costa que el discurso xenófobo se convierta en discurso ambiental

17. Elisa Gutiérrez, “Racismo social”, en el *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, SOS Racismo, 2000.

la convierte en discurso incendiario y visceral contra “los otros” y la blindo a “extraños” y “extranjeros”, aprovechándose y manipulando la necesidad de identidad comunitaria connatural al ser humano. Vivimos en una época de reforzamiento y sublimación de las identidades comunitarias, que no afecta sólo a las minorías nacionales, étnicas o religiosas, sino también a las sociedades mayoritarias de los Estados-nación, dando lugar a sentimientos y manifestaciones de *fundamentalismo cultural* que van calando creciente y preocupantemente en la sociedad occidental.

Urge un esfuerzo de sensibilización colectiva para recuperar la conciencia de que es necesario combatir el racismo en cualquiera de sus manifestaciones, incluso las más silenciosas y aparentemente menores. La sociedad debería movilizarse de modo que los individuos abiertamente racistas o xenófobos se sientan rechazados por ella. Es preciso evitar a toda costa que el discurso xenófobo se convierta en el discurso ambiental. Sólo una visión normalizada y positiva de las migraciones y el acceso a la ciudadanía plena para todas las personas que forman parte de una comunidad que será cada vez más diversa, permiten sentar las bases de una sociedad donde el racismo no tenga cabida.

La herencia cultural

Hasta hace poco tiempo, la cultura y la identidad cultural eran ideas que sólo parecían ser una obsesión propia de los antropólogos; sin embargo, estos conceptos –sólo palabras, a veces– los encontramos actualmente en multitud de planteamientos políticos o sociales. “Hoy en día todo el mundo habla de las amenazas sobre la diversidad de las culturas. Pero la paradoja de la situación actual es que el contenido de estas culturas –y por lo tanto de la diversidad– rara vez se define en términos rigurosos y comparativos”¹⁸. También en los términos de la discusión cotidiana, las inexactitudes provocadas por los prejuicios ideológicos anegan de confusión las diferentes visiones de la realidad. Pongamos un ejemplo simple: quienes resaltan el peligro que supone la homogenización cultural provocada por la globalización, nos muestran la ‘realidad’ de nuestras ciudades inundadas por estandarizados lugares de comida basura; mientras que aquéllos más dispuestos a buscar las ventajas del mestizaje contestan con una ‘realidad’ en la que la diversidad culinaria se esparce por las ciudades: restaurantes chinos, mexicanos, libaneses, magrebíes, senegaleses, indúes... Parece obligado atender a las múltiples caras de la sociedad en la que vivimos para que los análisis sobre ella no se conviertan en prejuicios o en sencillas rece-

La transmisión cultural más consevadora, la tradición y la presión de la mayoría, conforman lo que hoy se entiende por identidad cultural

18. Emmanuel Todd, “Identidad cultural, sistemas familiares e ideologías”, en *Identidades y conflicto de valores*, Icaria, Barcelona, 1997.

*Todos estamos
infinitamente
más cerca de
nuestros
contemporáneos
que de nuestros
antepasados*

tas que no abarcan más que aspectos parciales de la compleja época en la que estamos instalados.

La cultura, en el sentido en que la entienden los antropólogos, es una conceptualización que abarca realidades complejas y diversas: “una cultura es el modo socialmente aprendido de vida que se encuentra en las sociedades humanas y que abarca todos los aspectos de la vida social, incluidos el pensamiento y el comportamiento”¹⁹. Efectivamente, un modo *aprendido*, porque no se pueden adquirir conocimientos si no se es capaz de aprender. Cambiamos constantemente nuestro sistema personal de conocimiento con arreglo a lo que aprendemos, no sólo con nuestra experiencia, sino sobre todo con la de los demás, es decir, con el conjunto de informaciones que se nos transmiten en forma de órdenes, consejos o noticias que puedan resultar útiles. Podemos llamar transmisión cultural a ese conjunto de transacciones más o menos elaboradas. Es el vehículo que posibilita una herencia cultural.

Suele denominarse ‘vertical’ a la transmisión cultural de padres a hijos y, en general, de una generación a otra, porque sigue la dirección del tiempo y la edad. Mientras que llamamos transmisión ‘horizontal’ a aquella en la que no cuenta la edad, las generaciones, ni el parentesco. Hay muchas formas de transmisión horizontal. La más sencilla es la que pasa de una persona a otra. Otra forma importante de transmisión horizontal es aquella en la que el transmisor es un enseñante, un hombre político, un líder religioso o una persona de gran prestigio social; en este caso los mentores disponen de decenas, cientos, miles o incluso millones de posibles discípulos. Algo parecido ocurre hoy cuando las formas de hablar, vestirse y comportarse de los actores, deportistas y demás personajes famosos son ampliamente imitadas. En el polo opuesto de este tipo de transmisión horizontal de una persona a muchas, tenemos el caso contrario: situaciones de presión social, en las que muchas personas influyen en un individuo para forzarle a aceptar la tradición. La presión ejercida por la influencia concertada y paralela de muchos miembros de un grupo social sobre uno cualquiera de ellos tiene un efecto muy acusado de impedir los cambios, por lo que se puede decir que es un importante agente de conservación cultural.

En la transmisión vertical entre generaciones y horizontal de grupo a individuo, la cultura tiende a mantenerse estable, y el cambio cultural es difícil; por ello puede decirse que normalmente cuanto más cerrada es una sociedad más fuerte es la identificación de sus miembros con ella. Estas dos formas de transmisión, la tradición y

19. Marvin Harris, *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna*, Crítica, Barcelona, 2000.

la presión cultural de las costumbres de la mayoría, las más conservadoras, son las que conforman, en su mayor parte, lo que hoy se entiende por identidad cultural, fundamentada generalmente en sistemas y visiones del mundo acrílicas cuando no reaccionarias.

Lo cierto es que frente a quienes construyen sus códigos sociales defendiendo el carácter hereditario, y por tanto excluyente, de la cultura propia, se contraponen el criterio científico de que la cultura es adquirida, se aprende en el entorno comunitario y, por lo tanto, no puede ligarse a la naturaleza humana²⁰. La exageración del papel de la herencia en la cultura ha impedido comprender que “los hombres son más hijos de su tiempo que de sus padres, decía el historiador Marc Bloch. De hecho, todos estamos infinitamente más cerca de nuestros contemporáneos que de nuestros antepasados. ¿Estaría exagerando si dijera que tengo muchas más cosas en común con un peatón elegido al azar en una calle de Praga, Seúl o San Francisco que con mi propio bisabuelo?”²¹. En contra de este criterio, quienes ponen el énfasis en las diferencias culturales han recurrido a lo que Eric Hobsbawm ha denominado la ‘invención de la tradición’, como mecanismo para intentar cohesionar a la sociedad tratando de dotarla de un pasado mítico, de un momento fundacional. El intento de imponer visiones míticas se refleja hoy en España en la estéril batalla entre el nacionalismo español y los nacionalismos periféricos para imponer sus respectivas construcciones históricas en la escuela. El intento de algunos sectores en Canarias de obviar cinco siglos de historia y recurrir a la prehistoria para ‘fundar’ la nacionalidad, se inscribe también en esta corriente, que parece dar más valor a los borrosos proyectos o valores de sus ancestros que a las realidades del presente.

La ascensión de la irracionalidad ha provocado a lo largo de la Historia numerosos comportamientos que han definido la sociedad o la cultura de forma exclusivamente negativa, oponiéndola a otras sociedades o culturas. Y en esa pretensión surge la necesidad de transformar al ‘otro’ en enemigo exterior. Un papel que los más celosos guardianes de la identidad cultural adjudican hoy en día, en toda Europa, a los extranjeros provenientes de países pobres.

El fundamentalismo cultural

No es, por tanto, ninguna paradoja el que el neo-racismo de finales del siglo XX se presente como un racismo ‘sin razas’: el centro de su argumentación no es ya la herencia biológica sino más bien el carácter supuestamente irreductible de las diferencias culturales. Se trata de un racismo predominantemente *diferencialista*, culturalis-

La identidad cultural sublimada se ha convertido en la bandera de la extrema derecha europea en su tránsito del racismo al fundamentalismo cultural

20. Geer Hofstede, *Culturas y organizaciones*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

21. Amin Maalouf, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

ta. Y se alimenta tanto de formas institucionales, que defienden los límites del territorio y de la ciudadanía –cupos de inmigración, leyes de extranjería, permisos de residencia–, como de discursos ideológicos que transforman las diferencias entre ciudadanos autóctonos y foráneos en una contraposición irresoluble, en mundos culturales radicalmente opuestos, base de derechos diferentes y de exclusiones. Este discurso diferencialista, al situar en un primer plano la cuestión de las diferencias culturales, se pone, por otra parte y en numerosos casos, al servicio del ocultamiento de las condiciones socioeconómicas en las que se encuentra el inmigrante.

*Las sociedades
son
culturalmente
más ricas
cuantas más
aportaciones e
influencias de
distintos
orígenes tienen*

No es necesario estar de acuerdo con quienes defienden que “hay palabras a las que no hay modo de inyectarles aliento radical, que son esencialmente reaccionarias, como identidad nacional”²², para reconocer que la identidad nacional, transmutada en identidad cultural sublimada, se ha convertido en la bandera de la extrema derecha europea en su tránsito del racismo tradicional al fundamentalismo cultural. La instrumentalización del sentimiento colectivo de identidad con carácter de exclusión y de confrontación con “los otros” distorsiona las sociedades y deteriora gravemente la convivencia. Se mistifica la identidad, se purifica, se inmoviliza, se blindada y se convierte en un código arrojadizo, en fin, se corrompe una inclinación natural y espontánea en el ser humano y, con ello, se pervierten las relaciones sociales.

Un elemento central de esa retórica de exclusión es el rechazo del mestizaje cultural en nombre de la preservación incondicional de una supuesta identidad bio-cultural original. El origen del conflicto social no reside ya en la no aptitud de los ‘otros’, sino en el hecho de que las *relaciones* entre miembros de diferentes culturas son hostiles y mutuamente destructivas por ‘naturaleza’, ya que la xenofobia forma parte de la naturaleza humana. Por eso, por su propio bien, hay que mantener aisladas las diferentes culturas. Este nuevo fundamentalismo cultural está basado en una visión de la humanidad compuesta por múltiples culturas distintas, y entiende la cultura como algo compacto, estático, inalterable y homogéneo.

“Un ingrediente crucial del fundamentalismo cultural es el supuesto de que la cultura y la identidad nacional se basan en una herencia histórica única, sólida e inalterable. Sin embargo, los pueblos siempre han estado en movimiento y las culturas se han mostrado flexibles y fluidas. Las culturas sólo se atrincheran y devienen excluyentes cuando hay dominación y conflicto. En cambio, la diversidad cultural florece y resulta creativa –sin provocar desven-

22. Felix Ovejero Lucas, “La identidad perdida de la Tercer Vía”, en *Tercera Vía o neoliberalismo*, Icaria, Barcelona, 2000.

tajas— en aquellas sociedades suficientemente democráticas e igualitarias como para permitir que las personas se resistan a la discriminación —como inmigrantes, extranjeros, mujeres, negros— y puedan desarrollar sus diferencias sin poner en peligro su propia integridad y la solidaridad entre ellas”²³.

La exaltación de la diferencia se generaliza

Esa diversidad cultural que se considera irreductible tiene siempre una lectura unidireccional. Por lo general, reservamos los matices, el reconocimiento de ambivalencia y contradicciones, para cuando hablamos de ‘los nuestros’, para los miembros de la cultura propia; la otra cultura es vista como un bloque monolítico en el que no cabe la diversidad. Así creamos la selva de los tópicos, y se imponen, de este modo, de manera inconsciente, dos criterios y dos varas de medir que operan simultáneamente: el de la diferencia en el seno de la propia cultura y el de la identidad para juzgar a los otros. Esta simplificación no afecta sólo a quienes ejercen su posición privilegiada, sino que, en muchas ocasiones, está entreverando los criterios de quienes han sufrido la vejación de aquellos. Se están dando casos en los que ciertos sectores de minorías étnicas llegan a defender su superioridad física y moral, emprenden alucinadas búsquedas de raíces y ancestros e insisten en que sólo ellos tienen la competencia para comprender sus culturas y escribir su ‘verdadera’ historia. La obsesión por ser diferentes se añade, en este caso, al muy buscado papel de la víctima dando lugar algunas veces a propuestas o pretensiones verdaderamente demenciales.

No obstante, para analizar el fundamentalismo cultural entre los desposeídos hay que tener presente “un fenómeno capital que se ha agravado desde los años 80: el derrumbe del futuro emancipador. Cuando se pierde el futuro, ¿qué queda? El presente, el pasado. Nosotros, aquí, mientras podamos consumir, vivimos al día en el presente. Y ellos, ¿qué pueden ellos consumir en el presente? ¿Qué les han aportado las miríficas recetas del desarrollo? Subdesarrollo. Así, cuando ya no hay futuro y el presente está enfermo, queda el pasado. Por eso las enormes crecidas de los fundamentalismos son producto de un círculo histórico: es la crisis de la misma modernidad, es decir, del progreso, la que provoca ese fundamentalismo. Hasta ahora siempre se había considerado que el ser humano necesitaba certezas para vivir. Cuando declinaron las grandes religiones portadoras de certezas, otras certezas racionalistas, científicistas, vinieron a garantizar el progreso —aunque tanto la promesa de la revolución nacionalista como la de la revolución comunista eran en

El prejuicio es también el instrumento que al grupo dominante le permite justificar su postura privilegiada

23. Verena Stolke, “El ‘problema’ de la inmigración en Europa: El fundamentalismo cultural como nueva retórica de exclusión”, *Mientras tanto*, nº 55, Barcelona, 1993.

**No es cierto que
se plantee una
competencia
entre
extranjeros y
autóctonos en
la concurrencia
en el mercado
de trabajo**

realidad promesas religiosas—. ¿Podemos imaginarnos una humanidad que acepte la incertidumbre, el interrogante, con todos los riesgos de angustia que ello comporta? Se necesitaría ciertamente una mutación muy grande en nuestro modo de ser, de vivir, de pensar. Y éste es sin embargo nuestro nuevo destino”²⁴.

Mestizaje cultural

Las comunidades políticas étnicamente homogéneas son muy raras —sólo suelen considerarse así Islandia y las dos Coreas—. Todas las demás son mixtas. “La proximidad geográfica, el desarrollo de los intercambios materiales, la circulación de personas, la recepción de imágenes y la transmisión de símbolos —modernidad, artes, culturas, creencias...— implica un replanteamiento de las referencias de identidad en una perspectiva de encuentro y no de enfrentamiento. El peligro principal reside hoy en esas fijaciones exclusivistas que tienden a desarrollarse en las dos orillas”²⁵.

En cualquier sociedad las diferencias culturales de hoy dejarán de serlo mañana, y no sólo porque las personas inmigradas se acaben integrando, sino también porque la sociedad incorporará aspectos culturales importados por esas personas o bien a través de otras vías de contacto cultural, en particular los medios de comunicación. Vivimos en una época en que la información fluye y se intercambia rápidamente. Una energía y oportunidades que son susceptibles de canalizarse en beneficio de la riqueza y variedad cultural de las comunidades. Las sociedades son culturalmente más ricas cuantas más aportaciones e influencias de distintos orígenes tienen, es decir, cuanto más dinámica es su evolución cultural, cuanto más cambia su cultura. Una sociedad preocupada por el mantenimiento inamovible de sus tradiciones culturales y que tiene miedo a influencias culturales externas, es una sociedad pobre, mortecina.

Esta situación cobra una especial relevancia en la sociedad lanzaroteña, que se debate entre aceptar la riqueza del mestizaje cultural y su ineludible realidad o tratar de retrotraerse a situaciones pretéritas. La dificultad para aceptar los cambios resulta comprensible ante la vertiginosa transformación sociocultural sufrida por la comunidad insular en tan sólo una generación; pero es cierto también que los viejos tiempos no volverán. Resulta imposible mantener lo fundamental de una cultura basada en un modelo económico sustentado en la agricultura, la ganadería y la pesca, cuando la nueva sociedad se ha dedicado a una actividad tan alejada de aquellas como el turismo. Un artificio vacío de contenido. Así que el reto es aprovechar las ventajas de los nuevos tiempos para construir

24. Edgar Morin en conversación con Cornelius Castoriadis, *El ascenso de la insignificancia*, Cátedra, Madrid, 1998.

25. Sami Nair, *Mediterráneo hoy*, Icaria, Barcelona, 1997.

—con todas sus dificultades— una cultura acorde con la realidad insular de hoy, una cultura que no puede dejar de ser mestiza.

Para que la diversidad resulte más positiva y contribuya a enriquecer la vida de las personas en una sociedad como la nuestra, no ha de renunciarse tampoco a la crítica de aspectos culturales ajenos, y no ha de pretenderse perpetuar las diferencias culturales y encasillar a todo el mundo en sus diferentes culturas en nombre de la diversidad. La diversidad cultural que aporta la inmigración ha de verse como un fenómeno dinámico: la distancia cultural se va reduciendo pero los inmigrantes dejan un poso del que toda la sociedad puede beneficiarse. En lugar de ensalzar las diferencias culturales existentes, simplemente se ha de reconocer que existen, se han de someter a debate crítico cuando convenga y se han de facilitar los mecanismos para que los aspectos culturales diferenciados cambien, en autóctonos e inmigrados, dando lugar a otros nuevos —y a nuevas diferencias—. Se ha de facilitar un diálogo que inevitablemente conducirá al mestizaje cultural. Este mestizaje no ha de ser entendido como algo que puede producirse de forma inmediata cuando se encuentran dos o más colectivos de distinta procedencia cultural; se ha de entender como un proceso que requiere el paso de varias generaciones.

Prejuicios: la diferencia inexistente

Algunas de las diferencias que acaban resultando importantes son aquéllas que no existen como tales objetivamente, pero, en cambio, sí son apreciadas por la población. Se trata de los prejuicios, que se autoalimentan a partir de cualquier acción negativa de un miembro del grupo, sirviendo dicha acción como ‘prueba’ de que todos los miembros del grupo actúan así o son de determinada manera. El prejuicio, que ni siquiera necesita que alguien aporte la ‘prueba’, es una manifestación del racismo en la que la ignorancia juega un papel determinante.

En el fundamento del prejuicio se halla, además, el interés del grupo dominante, el que está en situación de privilegio —la población autóctona frente a la inmigrada—, por mantener esa situación de preeminencia. La ‘idea equivocada’ se mantiene interesadamente porque permite discriminar al grupo dominado, volcar sobre él las frustraciones propias y apartarlo de la competencia de bienes escasos —trabajo, prestaciones sociales, etc.—. Por eso los prejuicios resultan tan difíciles de erradicar, y por eso ningún prejuicio puede analizarse estudiando el comportamiento del grupo sobre el que recae —en este caso el inmigrado—, sino que ha de analizarse estu-

Los países con mayor inmigración son los que sufren menor desempleo

diando la situación de quien lo sustenta. Si queremos saber por qué determinada gente piensa que los magrebíes son vagos, no lo averiguaremos estudiando a los magrebíes, sino que deberemos estudiar a quienes piensan de tal manera. El prejuicio es también el instrumento que al grupo dominante le ofrece argumentos con los que racionalizar y justificar su postura privilegiada. Cuanto más negativamente lleguen a ver a los negros o magrebíes, más positivamente se verán a sí mismos en esa relación de privilegio que han establecido. Entre los prejuicios destacan con luz propia dos ideas muy extendidas en la actualidad: la relación directa de la inmigración con el paro y la delincuencia:

Nos quitan el trabajo. No es cierto que en estos momentos se plantee una competencia entre extranjeros y autóctonos en la concurrencia en el mercado de trabajo. El mercado de trabajo está segmentado, existe una clara evidencia de la complementariedad entre la ocupación de unos y otros: los inmigrantes llegan porque existe un espacio social y económico para ellos –existe una demanda–. Los empleos de la mayoría de los inmigrantes tienen lugar en el mercado secundario, del que huyen los trabajadores nacionales, realizando los trabajos con bajo índice de deseabilidad social, pero imprescindibles para mantener el aparato productivo.

La prueba de que la inmigración no produce desempleo en el país de recepción es que, en el ámbito de los países desarrollados, los datos indican, inequívocamente, que la relación entre inmigración y paro es directa, pero contraria a la creencia popular: los países con mayor inmigración sufren menor desempleo –EE UU, Suiza, Holanda e, incluso, Alemania y Francia–. El paro es mayor en los países del sur de Europa, que son los que menos inmigrantes reciben –el caso español resulta paradigmático–. Conviene remarcar, además, que si queremos mantener nuestra estructura laboral y garantizar nuestro sistema de protección social, necesitaremos un aporte adicional de activos que, evidentemente, sólo pueden proceder de la inmigración. De hecho, los estamos necesitando ya.

Quienes más compiten con los españoles en el mercado laboral son los inmigrantes que proceden de países ricos –Japón, EE UU y países de Europa– y, sin embargo, es a los que proceden del Sur a quienes más se les discute el derecho a haber inmigrado. Puede haber varias razones que lo expliquen: una es que los inmigrantes del Sur nos traen una imagen de pobreza que esta sociedad ya no quiere ver; otra, que nos presentan ante los ojos una realidad de desequi-

Los inmigrantes del Sur nos traen una imagen de pobreza que esta sociedad ya no quiere ver

librios que también preferimos no ver, por las obvias responsabilidades que el Norte tiene sobre el subdesarrollo del Sur.

Si lo vemos desde el interés estricto de los trabajadores autóctonos puede también señalarse que resulta mejor que los extranjeros estén en condiciones de competir, o sea, que no queden recluidos en unas condiciones laborales inferiores. Cuando a un sector de la población trabajadora se le asignan unas condiciones inferiores, su actuación en el mercado de trabajo resultará perjudicial para el resto de la población trabajadora, porque hará de contrapeso a las reivindicaciones laborales. Dicho de otra manera, los salarios bajan para todos si hay un sector que no tiene otra opción que aceptar salarios más bajos. Si se quiere evitar que la inmigración desestructure el mercado laboral, se la ha de integrar en la negociación colectiva, y se ha de eliminar la distinción entre inmigrantes y autóctonos en la competencia por los puestos de trabajo.

Son delincuentes. En este aspecto, debe decirse que el prejuicio es inducido por las instituciones y la política de control fronterizo y 'producción de ilegalidad'. "El control de las fronteras, en la entrada o en el territorio, es el origen de una victimización y una criminalización de los extranjeros en situación irregular, y una parte importante de los delitos que les son atribuidos son delitos de subsistencia. El control también está en el origen de las redes mafiosas de fabricación de papeles falsos y de 'pasadores' y 'alojadores' que mantienen a los inmigrantes, en ocasiones durante largos años, en una situación de deudores fuertemente gravados"²⁶. Tanto para el Gobierno como para los partidos políticos parece que la obsesión fundamental es evitar la entrada de inmigrantes 'ilegales'. Ello lleva, incluso de forma inconsciente, a considerar permanentemente a las personas inmigradas como sospechosas de estar transgrediendo la ley, y a mezclar constantemente los temas de inmigración con los de la delincuencia. El mensaje que ciertas instituciones y responsables políticos están lanzando sobre el hecho inmigratorio está conformando la opinión mayoritaria de la población sobre las personas inmigradas. Cuando se insiste en la necesidad de un mayor control de las fronteras, se potencia la opinión de que el número de inmigrantes que tenemos es excesivo; cuando se insiste mucho en las mafias de la inmigración y en las detenciones de inmigrantes 'ilegales', se potencia la opinión de que los inmigrantes son delincuentes.

La argumentación no nos puede llevar a negar la existencia de criminalidad entre la población inmigrada, que se ve favorecida por el

Los inmigrantes pobres no cometen más delitos que los españoles pobres

26. Catherine Wihtold de Wenden, *¿Hay que abrir las fronteras?*, Bellaterra, Barcelona, 2000.

crecimiento de redes de tráfico ilegal de mano de obra y por la clandestinidad que dificulta su inserción laboral y, en algunos casos, les coloca en situaciones de exclusión y les empuja a una criminalidad de subsistencia. No son muchos los inmigrantes que se ven abocados a esta situación, pero no cabe duda de que hay un sector de la inmigración que, habiendo venido con la intención de trabajar en condiciones ordinarias, ha caído en las redes de la delincuencia.

Quienes más sufren la inseguridad ciudadana son los inmigrantes pobres, especialmente aquéllos a los que el color hace más 'visibles'

¿Son realmente tantos como cree la población? Los datos de la población reclusa en España y las estadísticas de detenciones policiales indican que el porcentaje de inmigrantes recluidos o detenidos es superior a la incidencia de la inmigración en el total de la población española. No obstante, de las estadísticas de detenciones policiales habría que descontar la enorme cantidad de detenciones o identificaciones continuas producidas mucho más por el racismo policial que por actividades delictivas. Y, después, efectuar la comparación con el sector de la población española que vive en condiciones de marginalidad o carencia más parecidas a la de los inmigrantes, entonces, observaremos cómo los índices de delincuencia aparecen como estadísticamente normales. Los inmigrantes pobres no cometen más delitos que los españoles pobres. En consecuencia, la identificación de la inmigración con la delincuencia puede calificarse de prejuicio o de interesada falsedad.

Si en vez de hablar de delincuencia o de criminalidad, lo hacemos de inseguridad ciudadana, la situación vuelve a mostrar la desigualdad usual de la sociedad en la que vivimos: el sector que más sufre la inseguridad ciudadana son los inmigrantes pobres, especialmente aquéllos a los que el color de su piel u otras características físicas hacen más 'visibles'. El acoso policial y el racismo social convierten su vida en más insegura que la de los autóctonos. En algunos casos, como el Antonio Fonseca en la Comisaría de Arrecife, su inseguridad llegó a tener fatales consecuencias.